



Preguntas

1. ¿Siento que el encuentro personal con Jesús llena de alegría mi vida?
2. ¿Veo y vivo la evangelización como una carga o como una oportunidad de compartir lo que me hace feliz?



Oración final

Espíritu Santo,
ven a mi corazón y enciende en mí el fuego de tu amor.
Guíame al encuentro vivo y profundo con Jesús,
para que su mirada transforme mi vida.

Dame la alegría que nace de saberse amado,
la paz que brota del Evangelio,
y la pasión de anunciarlo a los demás.

Hazme discípulo misionero,
valiente, alegre y fiel,
testigo del amor de Cristo en todo lugar.

Amén.

PADRE NUESTRO





Oración de inicio

Nos preparamos para acoger la Palabra de Dios en nuestra vida con un momento de silencio y con una invocación al Espíritu Santo.

¡Ven, Espíritu Santo!
Abre nuestro corazón
para que podamos escuchar la Palabra
que Dios nos dirige en las Escrituras.

¡Ven, Espíritu Santo!
Danos inteligencia y perseverancia
para comprender la Palabra
y llevarla a la práctica.



Introducción

La evangelización nace del encuentro personal con Jesús, que llena el corazón de alegría verdadera. Esta alegría no es superficial ni pasajera, sino profunda y transformadora.

El cristiano que ha experimentado el amor de Dios no puede guardarse esa alegría para sí mismo: necesita compartirla con los demás. Evangelizar es, por tanto, una misión gozosa, no una obligación pesada. El anuncio del Evangelio debe hacerse con entusiasmo, con corazón abierto y con rostro alegre.



Jn 15, 11-16

Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca.



Evangelii Gaudium

1. La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. En esta Exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría.

21. La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera. La experimentan los setenta y dos discípulos, que regresan de la misión llenos de gozo (cf. Lc 10,17). La vive Jesús, que se estremece de gozo en el Espíritu Santo y alaba al Padre porque su revelación alcanza a los pobres y pequeñitos (cf. Lc 10,21). La sienten llenos de admiración los primeros que se convierten al escuchar predicar a los Apóstoles «cada uno en su propia lengua» (Hch 2,6) en Pentecostés. Esa alegría es un signo de que el Evangelio ha sido anunciado y está dando fruto.



Reflexión

En este pasaje del Evangelio, Jesús se dirige a sus discípulos con palabras que desbordan amor, intimidad y misión. Nos habla de una alegría profunda, una que nace no de las circunstancias externas, sino de la unión con Él, del amor recíproco, y del cumplimiento de su mandamiento de amor.

Evangelizar no es simplemente anunciar una serie de normas morales; es compartir una experiencia viva de Jesús. Y quien ha encontrado a Cristo verdaderamente, quien ha sido tocado por su amor, no puede guardárselo para sí mismo. Evangelizar, entonces, es fruto natural del encuentro con Él.

Pero Jesús no solo nos envía, sino que también nos llena de su alegría. Evangelizar no debe ser una carga, sino una fuente de gozo, porque es participar en la misión del mismo Cristo.

En un mundo muchas veces marcado por la tristeza, la indiferencia o el individualismo, el testimonio alegre de un cristiano enamorado de Cristo tiene un poder transformador.